

tancialmente decía así: «A Felipe II de las Españas, Rey católico del Nuevo Mundo: superó la prudencia de sus mayores; les igualó en piedad; fué más poderoso que ellos; aumentó sus estados con militar industria; nadie fué tan paternal, tan pío, ni tan llorado con público llanto, ni tan ensalzado con sumos loores de amigos y de enemigos por todo el orbe ¹. No eran éstas las alabanzas que nunca se escatiman á los muertos; porque á Felipe II se las prodigaron aún vivo en muchas ocasiones. Y así, con efecto, en una muy solemne, la ciudad del Turia le apellidó «príncipe de entrambas (dos) Españas, héroe no menor que Carlos V su padre, lleno de celo, santidad y religión cristiana: primero entre los príncipes más prepotentes, señor de tan dilatados reinos que podía dar vuelta al mundo entero sin salirse de ellos; y en fin, que con su voluntad podía dar órdenes desde las Molucas en el Nuevo Mundo hasta Flandes en el Norte con dominio en toda la tierra bañada por el mar Tirreno ².

¹ «Philippo Secundo Hispaniarum, novi orbis regi catholico: qui maiores suos superavit prudentia: aequavit pietate: excelluit potentia, qui regnum ex asse relictum militari industria adacruit: cui nemo tam pater, tam pius nemo, á suis potest obitum publicis lacrimis summopere desideratus ab orbe ab ore omnium sive amicorum, sive inimicorum dicas, summis laudibus decantatus. Obit anno 1598.» Porreño, página 17.

» «Cíñete, ¡oh sacro Turia! la cabeza
De yedra, juncos, arrayán y cañas,
Pues hacia ti sus pasos endereza,
El Príncipe de entrambas (dos) Españas.
Con la felicidad del padre empieza
Y no serán menores sus hazañas,
Christiana religión y santo celo
Que del famoso Emperador, su agüelo.
Mira á Filipe en número segundo,
Primero entre los príncipes más grandes,
Pues que dar puedes una vuelta al mundo,
Como toda su costa y reinos andes;
De las Molucas manda el Nuevo Mundo,
Volviendo para el Norte es suyo Flandes,
Junto al Estrecho de Hércules España
Y de allí lo que el mar Tirreno baña.»

Relación del viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelo-

IV.

SIGUE LA DICHA MATERIA.

No guardó para la hora tremenda de la muerte el Prudente Monarca los consejos que quiso dejar como legado sacro al Príncipe su hijo; sino que de muy atrás, sacándolos del fondo de su gran piedad, los conservaba escritos en papel particular que entregó antes de morir al confesor, con orden de ponerlo en manos del dicho Príncipe luego después que falleciese. En lo cual imitó el ejemplo de San Luis, Rey de Francia, que procedió de igual manera con su hijo, dándole reglas y consejos escritos para que los meditase y observase, conforme se puede ver en la vida del Santo Rey, compuesta por el caballero francés Iuan Señor de Junvilla ¹. Encargaba el católico Monarca al Príncipe D. Felipe III, el amor á Dios sobre todas las cosas, prefiriendo todo género de tormentos y aún la misma muerte antes que cometer un solo pecado mortal; y todo ello para lograr la salvación de su alma. Decíale que supiese sufrir con valor de héroe cualquier adversidad, considerando tenerla muy merecida; y que en sobreviniéndole cosas prósperas, las recibiese con humildad y reconocimiento de la gracia divina, sin envanecerse con aquello mismo que habrá de ser motivo para más humillarse. Le aconseja mucho frecuentar el Sacramento de la Penitencia, procurándose confesor sabio y santo y mostrándole tal respeto, que tenga libertad para reprenderle conforme fuere menester, y que por ningún motivo eche en olvido el Oficio Divino ². Por

na y Valencia, escrita por Henrique Cock, notario apostólico y Archero de la guardia del cuerpo real, publicada por Alfredo Morel Fatio y Antonio Rodriguez Villa; pág. 233 y 234; Madrid, 1870.

¹ Corre esta obra impresa y vertida en nuestro idioma ya desde el año 1567.

² He aquí el texto de los consejos que nos conservó íntegro Cervera de la Torre en su *Testimonio Auténtico*, tantas veces ya citado: «Procurad hijo mio de amar mucho á Dios; porque sin amarle nadie puede

este camino prosigue el Rey aconsejando á Su Alteza que huya siempre de fábulas, embustes y novelas; que esté en el templo con suma compostura, orando con mucha atención, singularmente cuando asista al incruento sacrificio de la Misa. Mándale que sea muy humano y compasivo con los pobres y favorecedor resuelto de ellos; y en fin que no emprenda negocios graves sin consultarlo con su confesor y otros varones doctos y de probidad ¹.

No queria Su Majestad que el Príncipe heredero hubiese de tener amistosa relación sino con hombres de virtud y buena fama con quienes pudiese hablar por manera llana y familiar. Recomiéndale oír sermones de aquellos ministros santos que valerosamente saben reprender vicios y acrecentar la gloria de Dios, procurando lucrar indulgencias y otras gracias de la Iglesia; y antes que nada, dice, «amad todo lo bueno, y aborreced todo lo malo.» Mandábale, ítem más, que no tolerase á ninguno hablar en su presencia palabras con menoscabo de la honra del prójimo, aborreciendo siempre la murmuración y castigando justa y rigurosamente al blasfemador de Dios y de los santos. Prosigue después amonestándole que sea reconocidísi-

ser salvo. Nunca deys lugar á pecado mortal, antes sufrid qualquier genero de tormentos que dañéis vuestra alma con tal culpa. Cuando os sucedieren adversidades, sufridlas con buen animo y pensad que las teneis bien merecidas, y assi os seran grande ganancia. Cuando os sucediere todo prosperamente, con humildad dad gracias á Dios, y no os ensobervezcays con lo que debéis ser mas humilde, ni seays peor con lo que debéis de ser mejor. Confesad á menudo vuestros pecados y buscad confesor sabio para que os sepa enseñar lo que habeis de hacer, y lo que habeis de seguir, y delante de él os mostrad con aspecto y rostro que tenga osadia de reprenderos y daros á entender la gravedad de vuestras culpas. Oyd el Oficio Divino devotamente. *Testimonio Auténtico.*—Discurso III.

¹ «No deys oydo á fabulas ni á mentiras ni traygays los ojos de una parte á otra vagueando, sino que rogueys á Dios con la boca y con el corazon: y mas en particular hareys esto, hecha la consagracion en la Misa. Sereys de animo piadoso y humano con los pobres, y con los afligidos, y favorecerlos heys con todas vuestras fuerzas. Si en vuestro animo pensaredes de hazer alguna cosa de importancia, reveladla á vuestro confesor, ó algun varon docto y de buena vida, para que veays lo que conviene hazer.» *Testimonio Auténtico: ibid.*

mo á los continuos beneficios recibidos de la Providencia, cuidando mucho de «administrar justicia con rectitud y severidad, guardando lo prescrito por las leyes sin torcerse á la mano diestra, ni siniestra» ¹. También le encargó que jamás le cansasen las quejas del menesteroso, sin dejar de informarse de la verdad, y añadía: «si alguno tuviere quexa de vos, ó se sintiere agraviado, estareys mas de su parte que de la vuestra, hasta que se declare el caso; y de esta manera los de vuestro consejo y parlamento pronunciarán mas justa sentencia.» ² Asimismo le manifestó cómo no debía de haber bienes ajenos, aunque recibidos de sus antepasados, y que sin dilación, declarada la verdad, los vuelva á su dueño, proponiendo en caso de duda el punto de la posesión al juicio de los doctores ³.

¹ Siempre quiso el Rey sacrificarlo todo á la gloria de Dios y de su Iglesia. Y si ahora tanto encarece la religión, piedad y justicia á su hijo D. Felipe III, muchos años antes recomendaba ante todo á los Estados de Flandes los intereses y la integridad del catolicismo, diciéndoles «que nada les encargaba mas que se mantuviesen en la antigua religion católica romana sin permitir en las provincias persona alguna infestada de los nuevos errores de Alemania.» Ferreras, *Historia de España*. página 42, núm. 13: Madrid, 1725.

² «Los que admitieredes á vuestra amistad y privanza, sean hombres de bien, virtuosos y de buena fama, ora sean seglares, ora religiosos. Hablad con ellos familiarmente. Huyd siempre la conversacion y trato de los malos y viciosos. Oyd sermones de predicadores provechosos, que reprehenden vicios y tienen zelo de la honrra y servicio de Dios. Tambien tendreys cuydado de ganar perdones é indulgencias. Adonde quiera que estuviereis, no ose alguno hablar en vuestra presencia cosa que provoque á mal, ó daño de la fama del proximo: ni vos hableys de alguna persona cosa que le toque en la fama con intento de murmurar; ni sufrireys que en vuestra presencia se atreva alguno á blasfemar ó dezir mal de Dios, ó de sus Santos, y no dexareys sin castigo al culpado en tal crimen, Dareys á Dios gracias muy de ordinario, por los bienes y mercedes que cada dia os vienen de su mano, para que merezcays otros de nuevo. No os cansen las querellas de los pobres, sino procurad saber la verdad. Si hallaredes que poseeys cosa agena, aunque la hayays recibido de vuestros mayores por via de herencia, sin diferirlo la bolved á su propio dueño, si está clara la verdad; y si incierta poned varones sabios de por medio que lo aclaren y determinen sin dilación.» *Testimonio Auténtico, ibid.*

³ Mucho se ha declamado acerca de algunos bienes comunes de las glesias de España de los cuales en ocasiones urgentes, de apuros y de

Otros consejos, inspirados en religión, piedad, saber y prudencia, dió el Rey Católico al Príncipe heredero, mandándole mirar mucho en que los súbditos fuesen tratados con paz y justicia, y singularmente los sacerdotes y religiosos, para que la discordia no pudiese reinar en sus Estados. Le recomendó amor y reverencia para sus mayores, y que las prebendas eclesiásticas siempre cayesen sobre cabezas dignas y personas virtuosas. No olvidó el Prudente Monarca advertir á su hijo que procurase huir de la guerra contra cristianos si causa muy grave no lo aconsejase; y en haciéndose inevitable, había de ser respetando iglesias y personas inocentes, y buscando cuanto antes las vías de la paz. Amonestóle constituirse en medianero de reconciliación entre los súbditos litigantes y desavenidos. También le inculcó muy especialmente que los magistrados y administradores de justicia fuesen muy probados en bondad y sabiduría, procurando conocer secretamente cómo desempeñan sus cargos. Decíale más: «siempre estareys en la obediencia de la Iglesia romana y del Sumo Pontífice, teniéndole por vuestro padre espiritual.» Tampoco descuidó el pío Monarca recomendar al Príncipe heredero moderación y economía en los gastos de la Real Casa. Y últimamente, acabó tan profunda y cristiana exhortación de esta manera: «Amonéstoos, hijo mío, y os encargo con juramento, si Dios fuere servido de llevarme de esta presente vida en esta enfermedad, y vos quedáredes libre, que procureys por todo el Reyno que se digan

escasez usaron el Emperador D. Carlos V y su hijo D. Felipe II; mas es hoy punto resuelto y puesto fuera de toda duda, que cuando tal hicieron no fué por vía de incautación apoderándose de lo ajeno, sino que tomaron el usufructo de tales tierras y posesiones, habida previamente la indispensable licencia apostólica de los romanos Pontífices, administradores supremos de la iglesia, quienes favorecieron y prestaron apoyo muchas veces á los monarcas españoles como defensores y propagadores de nuestra santa fe y religión católica. Delante de los ojos tengo ahora mismo la «Copia del Vrebe de Clemente VIII, revalidando las enagenaciones de lugares eclesiásticos.» Es confirmatorio de aquel otro amplísimo que Gregorio XIII concedió á Felipe II, y de los expedidos por Clemente VII, Paulo III y Julio III, en favor del César D. Carlos V. Este manuscrito pertenece hoy á la buena y honrada familia de don Damián M. Bayon.

Missas, y ofrezcan sacrificios por mi alma; y finalmente, todo aquello que un padre bueno y piadoso puede rogar y encargar á un hijo piadoso y bueno, esso os encargo y ruego. Dios os guarde de todo mal, y os dé gracia para hazer siempre bien, y cumplid en todo su voluntad; de manera que él por vos sea honrado, y que todos por él después de esta vida le podamos ver y contemplar y alabarle en su bienaventuranza por todos los siglos. Amén»¹.

Me ha parecido cosa justa y conveniente dejar aquí transcrita esta plática del Rey Prudente á su hijo, digna sin duda de ser grabada con caracteres indelebles en el corazón de todos los hombres, y, sobre todo, de quienes poseen autoridad y oficio de regir á los demás. No es menester en este lugar comentar alguno sobre tan profundo y pío documento, pues cualquiera que lo pondere y medite cual merece, colegirá muy presto cuán grande sería la fe y religión del Rey que lo supo concebir y legar al augusto Príncipe su hijo, á quien la justicia y el derecho llamaron para el gobierno de un reino católico

¹ «De esto os preciareys mucho, que vuestros súbditos gozen de justicia y paz, y sobre todo los sacerdotes y religiosos: porque la discordia y poca justicia no los desasosiegue y estorve á que rueguen á Dios por vos y por vuestro Reyno; sereys en que no les falte. A vuestros padres y mayores deveys amor, obediencia y reverencia. Los beneficios eclesiásticos no los deys sino á los mas dignos, y que no tengan otros, y esto por consejo de varones sabios. No hareys guerra, especialmente contra cristianos, sin gran consejo y causa. Y si de fuerza conviene hazerse, sea sin daño de las iglesias y de personas sin culpa. Procurad quanto en vos fuere los medios de paz, si tuviéredes guerra contra alguno; y si fuere cosa que no os tocara, poneos por medianero entre los que assi ay discordia, para que cese. Los ministros de justicia, pretores y magistrados procurad que sean buenos y sabios, y informaos de secreto cómo administran sus officios. Los gastos de vuestra casa serán moderados y conformes á razon.» *Testim. Autén.*, ibid.

Todo lo cual bien ponderado, dió motivos más que suficientes al Duque de Frías para exclamar: «Fué del Prudente Rey el poderio—De moros y de herejes escarmiento,—Firme rival del Támesis umbrio,—Duro azote del Sena turbulento;—Gloria del trono, de la Iglesia brio,—Temido en Flandes, respetado en Trento;—Y desde el mar de Luzo á la Junquera,—Hubo un cetro, un altar y una bandera.» Obras poéticas de D. Bernardino Fernández de Velasco, Duque de Frías, página 271: Madrid, 1857.

y dilatadísimo. Y nótese con admiración que de quien tal sentía y tales consejos daba predicaban el odio y la pravedad herética en nuestro siglo haber sido Rey cruel y sanguinario; pues que «ni su muger, ni su ijo, ni su ermano, ni sus faboritos, ni el deudo, ni el mérito, ni la birtud, ni nada estaba libre de sus zelos ni de su benganza. Nunca jamás perdonó agrabio que se le iziese, ni nunca jamás dió su corazon entrada á la clemencia»¹. Mas muy distintas y contrarias cosas predicaba en Roma el arriba citado Cardenal Ascanio cuando, ante el Papa Clemente VIII y la Corte Pontificia, repetía en elogio del Monarca español que acababa de espirar: «En Felipe II se ven completos y perfectos los votos de todos los buenos, porque con su prudencia sabía moderar los campamentos, adornar con sus virtudes las plazas públicas, con la piedad levantar santuarios á Dios Omnipotente; por lo cual todos los espíritus y las lenguas de todos se emplean hoy en alabar al susodicho Soberano»². De muy diversa manera, repito, juzgaba al Rey

¹ *Istoria del reinado de Felipe II, rei de España*, escrita en inglés por Mr. Watson, traducida al castellano por el Z. R.—Prólogo del traductor, pág. V: Madrid, 1822. Es obra esta verdaderamente escrita con hiel, pravedad y fango para mancillar y destruir la buena memoria del Rey Prudente, de los Papas más venerandos y sacerdotes todos de la Iglesia Católica. En ella se inspiran hoy los enemigos fieros y aún los mansos para disparar bala rasa contra la política grandiosa y patriótica de D. Felipe.

² «Bonorum in eo omnium vota complentur, dum eius prudentia moderari castra temperantia vident, ornari fora virtute, pietate templa consurgere, omnium mentes, omnium voces Philippi laudibus consecrantur.» Ascanii S. R. E. Diac. Cardinal. Columnae Oratio: Romae, 1599. Todas estas declaraciones del Cardenal Ascanio, están muy confirmadas con los sentimientos de D. Felipe, siendo aún Príncipe, y expresados al Cabildo primado toledano desde Guadalajara en el año 1546, de esta manera: «..... Ya habreis entendido la guerra que el Emperador mi Señor hace en Alemania contra los desobedientes ereges y desbiados de nuestra sancta fe cathólica en aquella provincia para reducirlos á ella, y aunque esperamos en nuestro Señor que siendo la causa tan justa y propia suya la favorecerá y encaminará de manera que el subceso della sea el que conviene á servicio suyo bien y quietud de la religion cristiana, todavia, pues el suplicar á su divina majestad que así lo haga y no permita otra cosa por nuestros pecados, no puede dexar de aprovechar, os rogamos y encargamos proveais que en esa

Prudente aquel purpurado en tan solemnísimo lance, exclamando: «Con llamas de fuego espanta y ahuyenta á tan perversa malignidad (la herejía luterana), y en el ardor de piedad cristiana supo encender á tiempo los fuegos vengadores de la justicia. Y con fuego purificaba todas las cosas; con su poder las perfeccionó, y con la prudencia lo suaviza todo. A los reos obstinados castiga con el suplicio; concede indulgencia á los arrepentidos, y para todos procura tranquilidad y sosiego»¹.

Fácil negocio es propalar desde los asientos de academias y ateneos en nuestros mismos días que la política de Felipe II no se encaminó en ningún momento, como tales gentes erróneamente suponen, al engrandecimiento de la Iglesia de Roma, á cuyos Sumos Pontífices, dicen, humilló cuantas veces osaron contrariar sus vanidades y ambición. Pero difícil y hasta imposible es probar con datos históricos verdaderos acusaciones tan infundadas. Porque nada menos que el mismo Papa Clemente VIII, en el Consistorio del 9 de Octubre de 1598, no transcurrido siquiera un mes completo desde la muerte del gran Filipo, dijo á la faz de todo el orbe católico que nuestro Rey Prudente había sido todo lo contrario de lo que pintan los oradores ateneistas aludidos². Traspasado de

Iglesia y en todas las desa diocesi se hagan plegarias y oraciones, suplicando á nuestro Señor por la victoria y buen subceso de la dicha empresa, que en ello nos hareis plazer y servicio. De Guadalajara á 28 de Agosto de 1546 años.—Yo el Príncipe.—Por mandado de S. A. Francisco de Ledesma.»

¹ «Huic tam exitioso malo flammis occurrit, ardore christianae pietatis ultrices iustitiae faces accendit, igne omnia purgat, perficit potentia, summa prudentia cuncta moderatur; reis supplicium, poenitentibus veniam, quietem omnibus, pacemque impertitur.» Ascanii S. R. E. Diac. Card., ibid.

² Razón tienen sesudos y antiguos historiadores para enseñar que D. Felipe II fué Rey de pecho magnánimo; porque después de la batalla memorable y gloriosa para España en San Quintín, aunque pudo ganar más ciudades y victorias, no quiso; pues como el mismo Rey decía, «no era su ánimo aumentar Estados teniendo tantos y tan divididos, sino conservar los propios; no debilitar la iglesia con guerras con cuya licencia y ruido crece la heregia, sino esforzarla con la paz.» *Reforma de los Descalzos de N. S. del Carmen*..... por el P. Fr. José de Santa Teresa, tomo 3.º, lib. 10, pág. 189: Madrid, 1683.

dolor, y con lágrimas en los ojos, decía aquel Padre Santo no haberse conocido Príncipe de más prudencia y sabiduría, de mayor justicia, paciencia y constancia en los casos adversos, ni á quien tanto hayan amado y reverenciado sus reinos, ni quien con tanta equidad haya derramado favor y mercedes, que nuestro Católico Monarca. Es decir, que Felipe II ni fué avaro, ni corruptor de costumbres, ni desprestigiador de Cortes y procuradores, ni hombre de liviandades y vanidad, ni nada, en fin, de cuanto infundadamente le atribuyen sus enemigos fieros y mansos ¹. Y añadía el susodicho Pontífice, que lo más admirable en el Rey Prudente fué que sus obras y palabras estuvieron en grande armonía con el sobrenombre de piadoso católico que con razón y merecimientos llevaba. Y afirmando tal, puso por testigo á todo el mundo cristiano; siendo

¹ Clemente VIII, en el Consistorio del año y mes indicado, dijo: «Que no ha avido Rey tan prudente, tan sábio, tan amigo de hacer justicia, ni tan paciente y constante en las adversidades, ni tan querido y reverenciado de sus vasallos, ni quien tan bien y con tanta igualdad supiese hacer mercedes y repartir lo que Dios le habia concedido, como D. Felipe.» *Testimonio Auténtico*, del Licenciado Cervera de la Torre, discurso 3.^o. Mucho declamaron los enemigos mansos, principalmente sobre las intrusiones de Felipe II con motivo de las luchas entre los Arzobispos de Toledo y los Comendadores mayores de León y de Castilla sobre el adelantamiento de Cazorla; pero la carta inédita que sigue declara bien y muy bastante que D. Felipe en esto defendió derechos no fáciles de discutir. Héla aquí: «Venerables deán y cabildo de la Sancta Iglesia de Toledo Sede Vacante, por otra mi carta os escribo lo que vereys sobre que no se haga mudanza de los allides que tienen las thenencias dese arzobispado por el muy venerando cardenal arzobispo en Toledo ya difunto, y como quiera que en aquello entra lo del adelantamiento de Cazorla de que el comendador mayor de Leon y su hijo estan proveidos por bula de Su Santidad con consentimiento del Emperador mi Señor para que no puedan ser admovidos por ningun arzobispo ni en otra manera, como de su parte vrebemente sereys informados, yo os encargo y mando que en lo que toca al dicho adelantamiento no proveays ni hagais cosa alguna syn especial comision y mandamiento del Emperador mi Señor ó mio, que en ello me hareis mucho plazer y servicio, del Abrojo á 1.^o de Agosto de 1545 años.—Yo el Príncipe.—Por mandado de S. A. Francisco de Ledesma.» Aquí, como es visto, no hay sino defender privilegios pontificios é imperiales en favor del comendador de León.

además buena prueba de ello que el Monarca español jamás quiso ni siquiera tolerar la libertad de conciencia ni en Castilla, ni en región alguna de sus Estados. Y todo esto por procurar el engrandecimiento de la fe católica y la gloria de la Santa Sede romana ¹.

¡Ambicioso Felipe II! No cierto, porque el susodicho Pontífice Clemente VIII le ofrece á nuestros ojos como Príncipe generoso y hasta maniroto, precisamente por su empeño y celo santo de traer al gremio de la fe católica y obediencia de la Santa Sede los vasallos de muchos de sus reinos y aún de los ajenos. Para lo cual, enseñaba el Vicario de Dios, consumió su real patrimonio y los tesoros muy grandes que le venían del Nuevo Mundo ². De suerte que, según aseveraciones del Papa Clemente, se puede y debe creer que toda la vida del piadosísimo Rey D. Felipe fué consagrada á la mayor gloria de la Iglesia y del Papado, y á pelear incesantemente contra la herética pra-

¹ «Y lo que mas se ha de estimar en tan cristiano y catholico rey, es que las obras y palabras convenian muy bien al nombre que tenia y por tantas razones se le debia, y que de esto postrero toda la christiandad era buen testigo, pues que para procurar la conservacion de la santa fe catholica y obediencia á la Santa Silla, no solamente en España, pero tambien en todos los otros sus reinos y señorios en los quales jamas Su Magestad avia querido consentir la libertad de conciencia.» *Testim. Autént.*, ibid. Y no se alegue siquiera que el Rey andaba solo por las sendas de intransigencia peleando contra las libertades de perdición que le pedían los rebeldes flamencos; porque es ya punto asaz esclarecido que no ya el pueblo español, sinó los grandes políticos sentían en esto como él y de buen grado le secundaban y seguían. Con efecto, según Gachard *Correspondance de Philippe II*,.... t. I. pág. 486 y 501, «la Duquesa de Parma que en sus cartas escritas en francés y expedidas por mano de los secretarios belgas, pedia al Rey que dejase tornar libres á Berghes y Montigny, le persuadia mediante cartas confidentiales en lengua italiana á conservarlos detenidos á vista de su persona. Y el mismo consejo daba al Rey el Cardenal Granvela en sus cartas del 6 de Diciembre de 1566 y del 14 de Marzo de 1567.» Véase también el capítulo X, pág. 282 y 283 de *D. Carlos et Philippe II*, por Mr. Gachard. Deuxiém. edit. París 1867.

² «Y porque quiso reducir á la fe cathólica y á la obediencia de esta Santa Silla los vasallos tambien de otros, empeñó todo su patrimonio real y gastó en esta obra los grandes tesoros que de la India le trayan.» Cervera, *Testim. Autént.*, ibid.

vedad y el paganismo. Y llegó el Padre Santo á declarar en aquel acto solemnísimo que nadie, no siendo ya morador del Cielo ó bienaventurado, pudo competir en piedad, religión y celo con D. Felipe el Prudente ¹. Teniendo ahora presentes la crítica y el buen sentido, justa cosa es y natural creer á la autoridad intachable de aquel Sumo Pontífice, rechazando con indignación aseveraciones sectarias y apasionadas que hoy livianamente siembran y propalan sus enemigos, quienes llaman á Felipe II Rey avaro, poco amante del engrandecimiento de la Santa Sede romana. Porque no se compadecen tan negras pinturas del Rey Católico, de su política y gobierno, con las exclamaciones del otro Papa Gregorio XIII, conviene á saber: *Rogad á Dios por la salud del Rey de España, porque es necesaria para toda la cristiandad.* ¿Y pudieran los Sumos Pontífices hablar en público de tal manera si Felipe el Prudente hubiera sido enemigo del engrandecimiento de la Santa Sede? ². No pudo ser avaro el ánimo real y generoso que no por vanidad y ambiciones, sino en defensa de la religión católica, única verdadera, socorrió con tropas y dinero los intereses de la Iglesia, y por ende la grandeza de los Papas en Bretaña, Picardía,

¹ «De donde se puede decir que toda la vida del Rey fué una continua pelea contra los enemigos de la santa fe. Quanto á la religion y santo zelo de Su Mag. dixo que nadie, excepto los que están gozando la bienaventuranza, se podia comparar con Su Magestad.» *Testimonio Autént.*, ibid. Esta misma relación dejó escrita en sus *Dichos y Hechos* el Licenciado Porreño, cap. XIII, pág. 203.

² Véase el Licenciado Porreño, ibid. El alemán Martín Philippon, pág. 120, y en otros muchos de sus artículos, ya por desdicha de los sencillos é ignorantes traducidos al español, afirma, sin pruebas, que Felipe II tuvo gran interés en humillar al Arzobispo de Toledo, quebrantar la independencia de los cabildos quitándoles toda su autonomía, queriendo hacer lo propio con los obispos en la persona de su jefe el Primado de España. Lo cual se llama en lenguaje del vulgo *hablar á tontas y á locas*; porque ni el arzobispo Primado era jefe de los obispos, ni jamás Felipe el Prudente obligó á los cabildos con autoridad y comisión papal del Romano Pontífice, sino á la observancia puntual y estricta de los cánones y decretos del Concilio Tridentino. Que si tales disposiciones conciliares menoscababan por ventura ciertas atribuciones de los cabildos, ¿cuál responsabilidad cabía en ello al Monarca español, mero ejecutor de la voluntad del santo Concilio?

Languedoc, Delfinado, París, Flandes y cien otros países donde persiguió de muerte y apagó en cuanto pudo la llama voraz de la herejía protestante. Preciso será, pues, cerrar los ojos á la luz ó perder el seso para defender que el Rey Prudente fué avaro y humillador de la Cabeza visible de la Iglesia ¹.

¹ «Por Bretaña socorrió con gente y dineros al duque de Mercurio; por el Ducado de Picardía entró muchas veces con grueso ejército....; por Languedoc socorrió al gobernador Escipion de Jollosa con infantería, caballería y dineros; por el Delfinado hizo muchas ayudas al duque de Nemour..... Al Señor de Villars, almirante de Francia, 6.000; al señor de San Pol, 8.000; demas de otros gastos y socorros particulares que montaron muchos millones; y con esto prevaleció mucho la religion católica en Francia.» *Dichos y Hechos*, cap. XIV, pág. 213. Y además, ¿no fué nuestro Monarca el amigo íntimo de S. Pío V para contener y abatir el empuje terrible del Gran Turco? ¿No fué el celoso defensor del Concilio de Trento, de sus cánones y disciplina en todos sus reinos? ¿No fué el creador de muchas diócesis episcopales en Flandes, América y áun en nuestra Península?